

HOMENAJE A CELIA MEDINA MONDRAGÓN
ARCHIVISTA, PALEÓGRAFA Y DOCENTE

Elvia Alaniz Ontiveros

Más de medio siglo de recuerdos preservan, imborrable, la imagen primera percibida una mañana por Celia Medina Mondragón: una mujer de alta silueta escribía en una máquina mecánica –cuyos tipos se desprendían del corazón del instrumento semejando unas delgadas y rápidas patas de araña– rodeada por el olor a viejo de los documentos. Era una figura equiparable a una pintura de Remedios Varo, enigmática, lejana, ensimismada.

Esa mañana, Celia iba al Archivo ubicado entonces en Palacio Nacional por encargo de su maestro Jorge Ignacio Rubio Mañé, a realizar un trabajo escolar. Fue el inicio de una aventura que pocas mujeres de su época se atrevían a realizar: estudiar una licenciatura y trabajar en el AGN. Tenía entonces 22 años de edad y no imaginaba que un año después, aquel lugar impresionante se convertiría en su casa laboral.

Medina Mondragón se jubiló en 2001, a los 71 años de edad y a los 49 de servicio. Pero no se retiró de su espacio de trabajo. A partir de entonces, ajustó sus actividades para continuar la cita que acordara consigo misma, como quien hace una promesa sin darse cuenta de ello. Hoy continúa acudiendo diariamente y de manera voluntaria al lugar que de joven la deslumbró y la hizo entrar en otro mundo. Siente nostalgia sólo de pensar en no ver más documentos, expedientes y paleografías.

Por su profesionalismo y tesón en el trabajo paleográfico, que ha desempeñado 55 años ininterrumpidamente, el pasado 27 de marzo, Día del Archivista, se le otorgó un diploma en homenaje y reconocimiento.

La rutina no ha menguado su capacidad de sorpresa. Cada vez que abre un expediente la curiosidad se anima y la



transporta a un pasado que ella considera cíclico. Compara con insistencia el pasado y el presente.

Le gusta reconstruir la historia como si, por ejemplo, hubiera atestiguado la manera en que los españoles conquistaron a los indígenas: “me puedo imaginar la batalla que tuvieron”. Y comienza a describir imágenes que son fugitivas al documento: “una noche, por casualidad, una mujer salió tal vez por agua o porque tenía necesidad de salir, calculo que deben haber sido las once de la noche, cuando se dio cuenta que los españoles los tenían sitiados”.

Cuando estuvo a cargo del fondo de *Universidad* descubrió que hubo negros

universitarios, pese a que para ingresar se les pedía comprobar “su limpieza de sangre”; éste era un documento que avalaba a quien lo poseía provenir de español, o bien ser hijo de indígena noble. La impresionó el caso de un mulato que no pudo titularse de médico, pues carecía de padre, pero sobre todo que existieran tantas restricciones para conseguir un grado académico superior.

Su interés por la vida cotidiana de la Colonia la llevó a escudriñar en esos siglos; comprobó documentalmente que de la unión de “europeos con indígenas resultaría el pueblo que somos ahora”, un pueblo que, está convencida, es creador e inteligente. Con la Conquista, considera la maestra Celia, “dimos un salto bastante grande”.

En esa inmersión a nuestros orígenes, la escandalizó que los pobladores nativos tuvieran las mismas condiciones que hoy. “No podían asistir, dice, a la universidad por su condición indígena; había ese racismo que nos caracteriza”; aún así, tropezó con varios indios que, por su calidad de caciques, pudieron estudiar en la universidad.

La maestra Medina Mondragón ingresó como paleógrafa al Archivo el 1 de

septiembre de 1952. Le sorprendió entonces que la mayoría de los empleados le doblaban o triplicaban la edad. Aunque intuía que la conversación sería una empresa difícil fue recibida con generosidad amable por la doctora Guadalupe Pérez San Vicente, Beatriz Arteaga Garza y el doctor Ernesto de la Torre Villar, quien era entonces subdirector del Archivo.

A la doctora San Vicente, doña Celia la recuerda como una persona “muy tratable, sencilla con aire de distinción”. A su lado aprendió los procedimientos para la elaboración de catálogos y la realización de investigaciones.

Su primera tarea en el Archivo fue la producción de fichas catalográficas. Primero debía leer el documento, luego sacar los datos principales y en seguida hacer la ficha. Sin más experiencia que un curso de paleografía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, buena parte de su labor se orientó hacia esa tarea. Al principio le encomendaron archivos del siglo XIX. No tuvo mayores problemas, muchos de los documentos estaban mecanografiados.

Posteriormente, le asignaron el fondo de *Universidad*. Ahí se enfrentó con un mar de letras receloso y desconocido. En

repetidas ocasiones llegó a pensar que los documentos que estudiaba estaban al revés, de tan compleja y distinta que era la escritura. Tuvo que descifrar letra por letra para conocer el contenido de los expedientes. Poco a poco se familiarizó con la escritura y pronto descubrió que ya podía paleografiar los documentos, por antiguos que fueran. Trabajar este fondo le permitió conocer la vida y obra de don Miguel Hidalgo y Costilla, Antonio López de Santa Anna y José María Morelos y Pavón. Supo también que Porfirio Díaz hizo estudios de leyes, pero no logró convertirse en abogado porque –supone la maestra Celia– provenía de una familia humilde, pues incluso fue carpintero, zapatero y desempeñó algunos otros oficios.

Uno de los documentos que la emocionaron sobremanera fue la solicitud para el examen de licenciatura de Juan Ruiz de Alarcón, al que conocía a través de sus obras y por quien sentía gran admiración. Cuando vio su petición pensó: “qué bueno que tengo la oportunidad de ver estos documentos”. La maestra Medina ha tenido el privilegio de conocer a muchos otros personajes de la historia de México. De Benito Juárez encontró escritos de su época como presidente, y el

sólo hecho de ver su firma la conmovió.

Entre los documentos que más la han impresionado, uno de ellos forma parte del fondo de *Inquisición*. Recuerda que, cuando leía el texto, no daba crédito: detrás de una letra ilegible se escondía el tormento aplicado a una mujer. Por no ser católica la pusieron en el potro y le estiraron las extremidades hasta zafárselas, sólo por ser judía.

Cuando el Archivo General de la Nación se encontraba en Palacio Nacional, tuvo la oportunidad de presenciar algunos de los sucesos que antecedieron a la matanza en Tlatelolco el 2 de octubre de 1968, “hubo varios acontecimientos antes del 68 y a mí me tocó hasta cierto punto vivirlos”, por ejemplo el bazucazo a la preparatoria uno, el 29 de julio de ese año.

Al llegar a la calle de Guatemala se encontró con dos de sus compañeros de la universidad. Uno, Mario Moya Palencia, quien sería secretario de Gobernación durante el mandato del presidente Luis Echeverría Álvarez, y el otro Héctor Azar, que además de dramaturgo sería un gran promotor del arte escénico. Ambos amigos habían atestiguado el “bazucazo” y, ante el peligro que representaba para una mujer caminar por el centro en aquellos

tiempos de agitación, se ofrecieron para acompañarla hasta su casa.

El 2 de octubre salió del Archivo y se dirigió a la colonia Roma para impartir su clase de historia. En ese tiempo pensaba que el movimiento estudiantil del 68 era una muestra de adelanto en los jóvenes, querían que se tomara en cuenta sus ideas de progreso, libertad y democracia.

Cuando el AGN estaba en Palacio Nacional conoció al historiador Edmundo O’Gorman. A él lo recuerda como un hombre agradable. Inspiraba confianza y trataba a las personas “con mucho cariño”. De él, añade, “incluso trabajó en Palacio Nacional, fue empleado del Archivo y una de sus compañeras le enseñó paleografía”.

En 1973, cuando el Archivo era dirigido por Jorge Ignacio Rubio Mañé, el AGN fue trasladado al segundo piso del ex Palacio de las Comunicaciones, ubicado en la Plaza Tolsá, en la calle de Tacuba. De ese cambio la maestra recuerda que el director no estuvo de acuerdo con la nueva sede porque temía que el piso no soportara el peso de tantos documentos.

Debido a que el espacio era insuficiente fue necesario contar con otro lugar en el que se resguardara parte del material hemerográfico, así se utilizó como bodega

la llamada “Casa amarilla”, ubicada en Tacubaya, lugar donde también trabajó Celia haciendo fichas. Recuerda “una cantidad de documentos verdaderamente extraordinaria, no estaban amontonados, sino que ya estaban agrupados en secciones”.

Cuando el AGN dirigido por Alejandra Moreno Toscano fue reubicado en 1982 en el ex Palacio de Lecumberri, el personal no sólo había crecido numéricamente, sino que las funciones ya estaban mejor delimitadas, pues anteriormente los empleados lo mismo podían hacer una paleografía, que atender a un investigador o contestar el teléfono. A ella le tocó en parte desempacar y clasificar los documentos, apenas bajaban de los camiones de mudanzas.

Un año antes de trabajar en el Archivo, Celia comenzó su labor docente. Inició en la secundaria del Gordon College, donde impartió historia durante dos cursos. Después, la invitaron a trabajar en la preparatoria de la misma institución, y luego al Colegio de las Vizcaínas, donde estuvo seis años. También fue maestra en la preparatoria 5 de la UNAM, en la cual permaneció 33 años; dio clases en el Colegio Alemán Alexander von Humbolt y en escuelas secundarias técnicas que, por el



paso de los años, ha olvidado cuáles y cuántas fueron.

La cátedra le sirvió para no perder el contacto con los jóvenes, porque dentro del Archivo el trato con ellos no existía para ella. La búsqueda de ese acercamiento con la juventud era en realidad una especie de retroalimentación de quien trataba de entender el comportamiento y la manera en que los jóvenes pensaban, además era como mirar hacia atrás y verse como estudiante, “me hacía recordar cuando yo tenía la edad de ellos”. Por su trabajo académico la maestra Medina ha recibido diversas distinciones, pero recuerda una en especial, la que le dieron con motivo de sus 25 años en el magis-

terio dentro de la UNAM, ceremonia que le pareció “muy emotiva”.

Celia fue la mayor de 10 hermanos, su padre tenía una sastrería y su madre, antes de casarse, trabajó algún tiempo en el gobierno. La familia Medina Mondragón vivía muy cerca de San Juan de Letrán, actual eje Lázaro Cárdenas. En esos años estudiar para una señorita ya “no era mal visto”, incluso en la Facultad de Filosofía y Letras las mujeres superaban numéricamente a los hombres; a ella le tocó crecer en una familia en la que se acostumbraba que las mujeres estudiaran y trabajaran.

Fue su padre quien la animó a solicitar su ingreso a la universidad en la carrera de historia y no en la de leyes, como ella pensaba, pues según él Celia perdería fácilmente los casos “porque era muy enojona”. Que no servía para abogada fueron las palabras pronunciadas por Bardomiano Medina antes que su hija, “en un momento”, aceptara seguir la profesión a la cual se dedicaría tantos años.

En una biblioteca, ubicada en el Palacio de Bellas Artes, conoció a Gilberto

Martínez Bibriesca, quien se convirtió años más tarde en su esposo. Entonces ella estaba en la secundaria. Sin embargo, entre ellos no hubo siquiera una palabra. Fue hasta 1952 cuando tuvo un acercamiento con ese hombre, cuyos ojos verdes habían llamado su atención: “lo encontré trabajando en el Archivo”. Entonces entre documentos, paleografías y archivos comenzaron una relación de noviazgo que terminó en boda en 1959. A los dos años nació Gonzalo Gilberto Martínez Medina, su único hijo.

Han pasado más de cincuenta años desde que Celia cruzó las puertas del Archivo General de la Nación con una mochila de estudiante al hombro. Entonces iba llena de ilusiones y con un trabajo escolar pendiente. Hoy llega como el primer día, pero con un paso más lento y menos firme que antaño. Acude al Archivo no con la incertidumbre de quien no tiene idea de lo que encontrará, sino con la certeza de conocer parte del universo que hay aquí. El Archivo ya no es el de antes ni volverá a serlo, tampoco ella. 